



Retrato, 1922.

Autor desconocido. Fotografía de dominio público.

<http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-69686.html>

<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=136542191>

De las cartas escondidas a la palabra liberada: marikas vivas

From Hidden Letters to Liberated Words: Marikas Alive

FRAN DURÁN PARDO

Magister Estudios de Género e Intervención Psicosocial
Universidad Central

RESUMEN

El texto reflexiona sobre cómo la figura de la poeta Gabriela Mistral fue presentada y "servida" por la historia y la educación oficial: dulce, maternal y desexualizada, como una "tía abuela de América", sin mencionar jamás su orientación lesbiana ni las cartas llenas de deseo que escribía a otras mujeres. Textos que se conocieron muy tardía y fuertemente secuestrados por una vigilancia epistemológica sobre Gabriela Mistral. El autor (o autora) conoció esta versión infantil y aceptada de Mistral a través de poemas recitados en actos escolares, como "Piececitos de niño". Sin embargo, contrasta esta imagen con "la otra Gabriela": la que escribía versos de deseo y sufrimiento amoroso (citando "Eres mía y no lo sabes. / Eres mía y te lo callo"), la que fue borrada por la historia oficial. Es decir, en el imaginario nacional solo conocimos a una Gabriela. Finalmente, el texto establece un paralelismo íntimo entre la Gabriela Mistral oculta y la experiencia personal del narradxx. El narradxx relata haber sido criado bajo un nombre y un género impuestos ("Francisco Javier", pantalones, colegio de "machitos"), educado para reprimir sus emociones y sus afectos. La Gabriela Mistral que fue escondida se convierte así en una

compañera y un referente en su propio proceso de entendimiento y autoafirmación, especialmente en el contexto de haber sido agredido con epítetos homofóbicos desde una edad temprana. Y que para las nuevas generaciones hoy provoca su obra y vida nuevas lecturas.

Palabras Clave: *lecturas de infancias, educación oficial, la otra Gabriela.*

ABSTRACT

The text reflects on how the figure of the poet Gabriela Mistral was presented and "served" by history and official education: sweet, maternal, and desexualized, like a "great-aunt of America," never mentioning her lesbian orientation or the letters full of desire she wrote to other women. These texts only came to light very late and were heavily suppressed by an epistemological censorship of Gabriela Mistral. The author became familiar with this childlike and accepted version of Mistral through poems recited at school events, such as "Little Feet of a Child." However, this image is contrasted with "the other Gabriela": the one who wrote verses of desire and amorous suffering (quoting "You are mine and you don't know it. / You are mine and I keep it quiet"), the one erased by official history. In other words, in the national imagination, we only knew one Gabriela.

Keywords: *childhood readings, formal education, the other Gabriela.*

Introducción: El deseo que no se nombra

Nunca me leyeron a Gabriela Mistral lesbiana. Nunca me dijeron que la vieja que estaba en los billetes escribía cartas llenas de deseo a otra mujer. Me la sirvieron dulcita, maternal, como si fuera la tía abuela de América. Como si no hubiese tenido carne ni gemido. Como si no hubiera sido una de las nuestras.

A mí me leían sus poemas infantiles, los que se recitaban en actos escolares, los que cuidaban guaguas y adornaban salas de

clase. Esa Gabriela la conocí gracias a mi abuela, que me recitaba “Piececitos de niño” como si fuera oración. Pero esa no era la única Gabriela. Había otra: la que escribía “Eres mía y no lo sabes. / Eres mía y te lo callo” (Mistral 2001). La que deseaba, la que sufría por amor, la que fue borrada por la historia oficial.

Esa Gabriela, la que escondieron, me ha acompañado en el proceso de entenderme. Porque yo también nací con un nombre que no era el mío. Me llamaron Francisco Javier, me pusieron pantalones y me metieron en un colegio lleno de machitos. Me educaron para no llorar, para apretar los dientes, para no amar a quien me gustaba. Y me gritaron maricón antes de que yo siquiera supiera lo que eso quería decir.

Este ensayo es un recorrido por mi historia, por mi cuerpo, por mis violencias y resistencias. Un intento de armar, desde el lenguaje, una genealogía queer que cruce mi vida con la de Mistral. Leeremos juntas, ella y yo, desde el deseo que no se dice, pero igual se escribe. Desde el cuerpo que no encaja, pero insiste. Desde el amor que no se puede tener, pero que se escribe igual.

I. San Bernardo: crecer entre puños y dientes apretados

Nací en San Bernardo, y de primero a octavo básico estuve metida en un colegio de puros hombres. Ahí se respiraba testosteronizada, bravuconadas en los recreos, golpes que eran “tallas”, pellizcos en los pezones, codazos disfrazados de juego. Me criaron en una casa donde las mujeres eran pocas, pero potentes: mi mamá, mis profesoras. Las únicas referencias femeninas que tuve en esos primeros años. Todo el resto eran hombres. Y hombres gritones.

Crecí entre insultos: maricón, flete culiao, huequito. Aprendí a caminar con los hombros hacia adelante, a evitar mirar demasiado tiempo a los otros, a tragarme la voz suave que me salía cuando quería decir algo bonito. Aprendí a temer mi cuerpo. En esos años era como una niña asexual. Me gustaban cosas que no eran “de niño”: el violín, los colores, los gestos. Y eso me lo cobraban caro. Me mentía, me temía.

II. La media y la música: abrir los ojos y los oídos

Recién en la media pude estudiar en un colegio mixto. Recién ahí conocí a las minas. Las mismas que en la básica mis compañeros marginaban con sus chistes retrógrados y misóginos. Las conocí, y me encantaron. Me mostraron que había otras formas de habitar el cuerpo. Con ellas descubrí que no todo era fuerza y competencia. Que también existía la ternura, la ropa colorida, los gestos suaves, las otras corporalidades.

También en octavo básico ingresé a una orquesta juvenil en San Bernardo. Estuve ahí hasta cuarto medio. La directora era una mujer fuerte, distinta, fuera del molde. Mis compañeras también lo eran. Ahí entendí que el arte era otra forma de comunicar, que el silencio —como en la música— también dice cosas. Y yo, que venía enterrando lo que sentía, encontré en ese silencio musical una manera de estar sin que me doliera tanto. Había algo marika, algo queer, en esos silencios compartidos. Ahí empecé a entender que mi diferencia también era promesa. Que habitar me distinto era posible.

III. Trabajo, universidad y los nombres del deseo

Después de salir de cuarto medio trabajé un año en un supermercado Líder. Un espacio hostil, con jefes abusadores y compañeros que repetían la misma masculinidad frágil y violenta del colegio. Era el lugar donde todos asumían que yo era gay, aunque nunca lo hubiera dicho. Siempre la misma pregunta: “¿Y tú tení polola o pololo?” Siempre ese juicio binario, esa necesidad de encasillarme, de definirme. Como si no tener pareja ya fuera una desviación. Como si mi sola forma de estar fuera suficiente para marcarme.

Luego entré a estudiar psicología. En la universidad conocí el psicoanálisis, leí a Freud y Lacan. Entendí que el deseo no es elección consciente, sino una construcción inconsciente que nos habita nos mueve, nos falta. Aprendí sobre el Edipo, la elección

del yo, la castración simbólica. Entendí que yo buscaba figuras que me protegieran de todo eso que siempre me dolía.

Recién a mitad de carrera pude decirle a mi familia y amistades que era gay. Y recién ahí también conocí lo que era una relación afectiva. Pero claro, con un yo tan minorizado, esa relación fue más abandono que abrigo. Mi deseo buscaba cuidado y encontró más violencia. Como diría Freud (1920), lo reprimido retorna, y mi historia me volvió a pegar donde más dolía. En la U conocí a lesbianas, personas no binarias, marikas orgullosas, gente rota y hermosa. Conocí mujeres que salían del canon, que eran odiadas por su potencia, y yo las admiraba. Y también conocí a Gabriela, pero ahora de verdad.

IV. Estallido social y estallido interno: cuando ya no se puede callar

Fue durante el estallido social de octubre del 2019 cuando algo terminó por hacer clic. Yo ya estaba en cuarto año de universidad, con una tesis en mente sobre género, con lecturas queer atravesándome el cuerpo, con Gabriela susurrándome desde sus cartas exiliadas. En la calle, todo era fuego, pancarta, furia, cuerpo. Y adentro mío, también.

La primera persona que me llevó a protestar fue mi mamá, profesora de enseñanza básica en un colegio municipal de San Bernardo. Justamente el mismo colegio en el que yo cursé toda mi enseñanza básica. Íbamos juntas con las ollas, los carteles, el miedo y la rabia. Desde ahí comencé a mirar la protesta como parte de una herencia también.

Empecé a entender que esa rabia no era solo mía. Era colectiva. Era histórica. Como dice Marta Lamas (2000), el cuerpo es un territorio político. Y el mío estaba al borde de un colapso, pero también de una apertura. Gabriela también escribió desde el exilio, desde el margen, desde una tristeza que no podía traducirse en categorías heterosexuales. Su tristeza también era política.

Durante esas semanas de protesta, algo se quebró. Empecé a salir más a la calle, a gritar, a dejar de pedir permiso. Vi banderas marikas, banderas trans, pañuelos verdes y negros, cuerpos bailando con rabia y alegría, como en un voguing mapuche, como una procesión profana del deseo. “Nos quitaron tanto que hasta el miedo se fue”, decían los muros. Y era cierto.

Yo también me quité el miedo. No todo, pero el suficiente para dejar de pedir disculpas. Empecé a criticar más. Entender diferente las verdades que se me habían impuesto. Empecé a hablar en voz alta. A dejar que mi voz afeminada saliera sin corregirme. Empecé a habitar mi cuerpo no como un lugar de castigo, sino como trinchera. Gabriela también lo hizo. Escribía como se podía, como le dejaban, como le dolía. Y su dolor era también placer reprimido. El deseo no se puede matar, solo se esconde. Y cuando se suelta, se vuelve lenguaje, protesta, canción. Se vuelve rabia marika.

El estallido me mostró que mi historia no era individual. Que éramos muchas. Que, si no escribíamos, nos borraban. Que nuestras cuerpos eran archivo, resistencia, performance. Como diría Butler (2005), toda repetición puede devenir subversión. Y nosotras repetimos, sí, pero con *glitter* y sangre. Gabriela escribía desde el margen del canon, como yo escribo desde el margen de la norma. Nos dijeron que no existíamos, pero aquí estamos: en las esquinas, en las pancartas, en las tesis, en los besos públicos, en los poemas que ya no piden permiso para decir “te amo”.

V. Nombrar el deseo: entre la palabra y la revuelta

El estallido me enseñó a no pedir disculpas. A que la rabia era legítima. A que mi historia no era un error individual sino una consecuencia política. Ahí, entre la lacrimógena y la barricada, empecé a darme cuenta de que aceptarme también era un acto de resistencia. Que sacar la voz —aunque fuera temblorosa— también era una forma de pelear. Como dice Preciado (2002), la disidencia sexual no se limita al dormitorio, sino que se extiende a todas las formas de vida. Y yo, marika, queer, sudaca, aprendí

que cada gesto, cada decisión, era política. Salir con crop top, llorar en público, amar sin pedir permiso, estudiar desde el yo, trabajar desde mis disidencias, aceptar mi corporalidad e identidad: todo eso fue y sigue siendo un modo de no morir.

Gabriela también lo sabía. No solo fue exiliada por su deseo, también fue exiliada simbólicamente de la historia oficial. Nos la devolvieron maternizada, dulcificada, despolitizada. Pero ella escribió como quien esconde dinamita en un poema. Como quien sabe que la ternura también puede ser subversiva. Que hay besos que incendian más que las molotov. En sus cartas a Doris, en sus viajes sin retorno, en sus textos más desgarrados, estaba esa rabia suave del amor no permitido. Su exilio no fue solo geográfico: fue identitario. Como muchas de nosotras, tuvo que esconder su deseo para poder sobrevivir. Pero nunca dejó de escribir. Y escribir, en su caso, y estudiar y vivir desde esta perspectiva, en el mío, ha sido una forma de seguir con vida.

Como marika chilena, el lenguaje me ha salvado. Pero también me ha traicionado. ¿Cómo decir lo que duele sin que duela más? ¿Cómo nombrar lo que el mundo insiste en borrar? Como dice Lacan (1966), el deseo es lo que nos constituye, pero también lo que nos falta. Yo habito desde esa falta. Desde esa herida. Y, sin embargo, esa herida puede volverse lengua. Escritura. Manifiesto. Porque el deseo, cuando se nombra, deja de ser pecado y se convierte en poesía. Nombrar el deseo: entre la palabra y la revuelta.

VI. Pandemia, calle y transformación: cuando las plantas también hablan

Después del estallido llegó la pandemia. Una pausa forzada. Una reclusión que nos enfrentó con nosotras mismas. En ese tiempo empecé a vincularme profundamente con el mundo de las plantas. Encontré en ellas otra forma de comunicación, otro tipo de lenguaje. Silencioso, como el de los silencios musicales que ya conocía, pero lleno de significados. Las plantas me enseñaron a cuidar sin pedir respuestas, a crecer hacia la luz, aunque todo alrededor se sintiera hostil.

En paralelo, empecé a trabajar como funcionaria municipal en San Bernardo, en programas con personas en situación de calle. Ahí conocí a muchas disidencias: personas trans, marikas viejas, cuerpos rotos por la exclusión. Mujeres en calle que me hablaban desde su sabiduría sobreviviente. Y fue ahí, entre conversaciones sobre comida, frío y violencia, que algunas comenzaron a nombrarme en femenino. Me decían que me veían más mujer que hombre, que mi forma de estar era otra. Esa percepción desde la calle, desde quienes han sido desechadas por el sistema, fue lo que primero me hizo temblar por dentro. Algo de mí empezaba a encajar, por primera vez.

Mi pareja en ese entonces decía respetar mi identidad, pero nunca usó el lenguaje que yo necesitaba. Esa violencia silenciosa me fue calando hondo. Empecé a entender que no era solo un chico gay, sino que algo más se estaba gestando. Una identidad que no podía seguir encerrada en el binario. En esos tres años en calle también conocí las bases del transfeminismo desde un enfoque de derechos. Participé en un conversatorio con compañeras de Argentina que hablaban desde la rabia y la ternura. Me dijeron que ser cuerpo disidente era también ser territorio en disputa, como lo plantean las teorías decoloniales. Como diría Lohana Berkins, “el travestismo no es una identidad, es una construcción política”. Y yo empezaba a construir la mía.

Pero también vinieron las consecuencias. En ese espacio laboral fui víctima de rumores, mentiras, discursos cargados de odio. Dijeron que alguien me “reventaba espinillas en los genitales”, una imagen grotesca cargada de homofobia y transfobia. Fui patologizada: me diagnosticaron depresión mayor, trastorno afectivo bipolar tipo I, trastorno de personalidad límite. Pero yo decidí no entender esos diagnósticos como cárcel, sino como parte de mi historia disidente. Como dice María Galindo, “el diagnóstico es también una forma de control del sistema sobre nuestras cuerpos indisciplinadas”. Salí de la municipalidad con licencia, escapando más que renunciando. No demandé. Tuve miedo. Prioricé mi paz mental. Me elegí. Y en ese vacío, en ese descanso forzado, recuperé fuerza.

Entré luego a trabajar en un proyecto con niños, niñas y adolescentes. Ahí conocí a otras personas disidentes, incluyendo colegas que, desde su propia experiencia, me dio palabras que yo aún no tenía. Palabras como no binaria. Como ella. Como nosotros. Por fin pude dejar de habitar un traje ajeno. Todo esto, desde la calle hasta la academia, desde las plantas hasta la poesía, desde Gabriela hasta Lohana, ha sido parte de mi tránsito político y emocional. Como decía Gabriela, “Lo que el alma hace por su cuerpo, es lo que el artista hace por su pueblo”. Y yo, cuerpa escritora de márgenes, sigo escribiendo mi pueblo interior. Mi deseo marika. Mi historia florecida en la herida.

Como escribe Preciado (2002) en su Manifiesto contrasexual, “los cuerpos son ficciones políticas que pueden ser hackeadas, transformadas y reapropiadas”. Mi tránsito ha sido ese: un hackeo a la normalidad impuesta, una reapropiación de lo que me dijeron que no podía ser. Gabriela también lo hizo. Escribía desde el exilio, desde los márgenes, desde un deseo que no podía decirse, pero que ardía entre líneas. Como cuando escribió a Doris Dana: “Mi amada... tú eres mía y no sabes cuánto. Te he tenido en mis sueños, y en mis insomnios más largos” (Mistral carta a Doris Dana 1948). Ese deseo contenido, esa ternura disidente, es la misma que habita hoy nuestras cuerpas marikas, nuestras rabias marikas, nuestras políticas raras. Porque como dice Preciado, “hay que construir una política de los raros, una epistemología de las monstluas, una poética de los cuerpos en fuga” (Preciado 2008). Y aquí estamos, escribiendo desde la fuga. Desde la trinchera. Desde el deseo que, por fin, se dice en voz alta.

VIII. Conclusión: Escribirnos para existir

Gabriela escribió en clave, y nosotras también. Desde los márgenes, desde lo raro, desde lo no permitido. Ella susurró, pero dejó las migas para que encontráramos su deseo. Y nosotras hoy gritamos: marika, trans, loca, queer, traba, ella. Como dice Preciado (2020), “No hay transición sin insurrección. No hay

identidad sin ruptura.” Lo mío no es una salida del clóset. Es una revuelta, una insubordinación poética. Escribir este ensayo es también resistir el archivo que nos quiere normalizar.

Porque si no escribimos nuestras historias, nos las borran. Y yo me niego a ser borrada. Como en un poema clandestino, como en una carta que nunca llegó, como una flor en el cemento, este texto es mi forma de decir: aquí estamos, marikas, vivas, floreciendo en nuestras disidencias.

* * *

Obras citadas

- Butler, Judith. *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo.”* Paidós, 2005.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad, Vol. 1: La voluntad de saber.* Siglo XXI Editores, 1995.
- Galindo, María. *Feminismo bastardo.* Tinta Limón, 2021.
- Lacan, Jacques. *Escritos I.* Siglo XXI Editores, 1984.
- Lamas, Marta. “Cuerpo: Diferencia sexual y género.” *Debate Feminista*, vol. 21, no. 1, 2000, pp. 1–33.
- Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón.* Cuarto Propio, 1995.
- . *Loco afán: Crónicas de sidario.* Anagrama, 1996.
- Mistral, Gabriela. *Poema de Chile.* Editorial Andrés Bello, 2001.
- . *Cartas a Doris Dana.* 1948. Archivo Fundación Gabriela Mistral. Consulta indirecta por fuentes secundarias.
- Preciado, Paul B. *Manifiesto contrasexual.* Opera Prima, 2002.
- . *Testo yonqui.* Espasa, 2008.
- . *Un apartamento en Urano: Crónicas del cruce.* Anagrama, 2020.
- Sutherland, Juan Pablo. *A corazón abierto: Geografía literaria de la homosexualidad en Chile.* Sudamericana, 2001.
- . *Nación marica: Prácticas culturales y crítica activista latinoamericana.* Los Perros Románticos, 2021.